

Engels a August Bebel (resumen)

Federico Engels

11-12 de diciembre de 1884

(Versión al castellano de Ana Armand desde “[Engels to August Bebel](#)” (abstract) en [Marx & Engels Internet Archive: Letters](#))

Sobre nuestras masas proletarias nunca me he engañado. Este progreso seguro de su movimiento, confiado en la victoria y por eso mismo alegre y jocoso, es un modelo que no puede ser superado. Ningún proletariado europeo habría resistido tan brillantemente la prueba de la Ley Socialista y habría respondido después de seis años de supresión con una prueba tan grande de fuerza y de organización tan consolidada; ninguna nación habría logrado esta organización de la manera en que se ha logrado sin ninguna patraña conspirativa. Y desde que he visto los manifiestos electorales de Darmstadt y Hannover también se ha desvanecido mi temor de que pudieran ser necesarias concesiones en los nuevos lugares (circunscripciones). Si en estas dos ciudades se ha podido hablar de forma tan verdaderamente revolucionaria y proletaria, entonces todo está ganado.

Nuestra gran ventaja es que con nosotros la revolución industrial está apenas en pleno desarrollo, mientras que está concluida en Francia e Inglaterra en lo que respecta al punto principal. Allí la división en ciudad y campo, distrito industrial y distrito agrícola, está tan avanzada que sólo cambia lentamente. La gran masa del pueblo crece en las condiciones en las que más tarde ha de vivir, está acostumbrada a ellas; incluso las fluctuaciones y las crisis se han convertido en algo que da prácticamente por sentado. A esto se añade el recuerdo de los intentos fallidos de los movimientos anteriores. En nuestro caso, en cambio, todo está en plena ebullición. Los restos de la antigua producción industrial campesina para la satisfacción de las necesidades personales están siendo suplantados por la industria doméstica capitalista, mientras que en otros lugares la industria doméstica capitalista ya está sucumbiendo a su vez a la maquinaria. Y la propia naturaleza de nuestra industria, que renquea hasta el extremo, hace que el trastorno social sea aún más fundamental. Como los grandes artículos de producción en masa, tanto las mercancías en masa como los artículos de lujo, han sido ya apropiados por los franceses y los ingleses, todo lo que queda para nuestra industria de exportación es principalmente el pequeño material, que, sin embargo, también va en masa de todos modos, y es producido al principio por la industria doméstica y sólo más tarde, cuando la producción es en masa, por las máquinas. La industria nacional (capitalista) se introduce de este modo en regiones mucho más amplias y se abre camino con mayor profundidad. Si exceptuamos el distrito del Elba Oriental de Prusia, es decir, Prusia Oriental, Pomerania, Posen y la mayor parte de Brandeburgo, y más allá la Vieja Baviera, hay pocos distritos en los que el campesino no haya sido arrastrado cada vez más hacia la industria doméstica. La región revolucionada industrialmente, por lo tanto, se hace más grande con nosotros que en cualquier otro lugar.

Además, dado que la mayor parte de los obreros de la industria doméstica se dedican a su pequeña agricultura, es posible reducir los salarios de una manera que no tiene parangón en ningún otro lugar. Lo que antes constituía la felicidad del pequeño hombre, la combinación de la agricultura y la industria, se convierte ahora en el medio más poderoso de la explotación capitalista. El huerto de patatas, la vaca y la pequeña

agricultura hacen posible que la fuerza de trabajo se venda por debajo de su precio; obligan a ello atando al obrero a su pedazo de tierra, que sin embargo sólo lo mantiene parcialmente. De ahí que sea posible poner nuestra industria sobre la base de la exportación, debido a que el comprador recibe generalmente la totalidad de la plusvalía, mientras que el beneficio del capitalista consiste en una deducción del salario normal. Esto ocurre más o menos con toda la industria nacional rural, pero en ningún lugar tanto como en nuestro caso.

A esto se añade el hecho de que nuestra revolución industrial, que fue puesta en marcha por la revolución de 1848 con su progreso burgués (por débil que éste fuera), se aceleró enormemente (1) al deshacerse de los obstáculos internos en 1866 a 1870, y (2) por los millardos franceses, que en última instancia debían ser invertidos capitalistamente. Así, logramos una revolución industrial más profunda y completa y espacialmente más extendida e integrada que la de los demás países, y ello con un proletariado perfectamente fresco e intacto, no desmoralizado por las derrotas y, finalmente (gracias a Marx) con una comprensión de las causas del desarrollo económico y político y de las condiciones de la revolución inminente como no la tuvo ninguno de nuestros predecesores. Pero por eso mismo, es nuestro deber salir victoriosos.

En cuanto a la democracia pura y su papel en el futuro, no comparto su opinión. Evidentemente, en Alemania desempeña un papel mucho más subordinado que en los países con un desarrollo industrial más antiguo. Pero eso no impide que, cuando llegue el momento de la revolución, adquiera una importancia temporal como el partido burgués más radical (ya se ha presentado como tal en Frankfort) y como el último sostén de todo el régimen burgués e incluso feudal. En ese momento toda la masa reaccionaria marcha tras él y lo fortalece; todo lo que antes era reaccionario se comporta como democrático. Así, entre marzo y septiembre de 1848, toda la masa feudal-burocrática reforzó a los liberales para frenar a las masas revolucionarias y, una vez conseguido esto, para echar también a los liberales. Así, desde mayo de 1848 hasta la elección de Bonaparte en Francia en diciembre, el partido puramente republicano de *Le National* [y *La Réforme*], el más débil de todos los partidos, estuvo en el poder, simplemente debido a toda la reacción colectiva organizada detrás de él. Esto ha sucedido en todas las revoluciones: el partido más dócil que aún queda con capacidad de gobierno llega al poder con los demás, sólo porque es en este partido donde los derrotados ven su última posibilidad de salvación. Ahora bien, no se puede esperar que en el momento de la crisis tengamos ya detrás a la mayoría del electorado y, por tanto, de la nación. Toda la clase burguesa y los restos de la clase feudal terrateniente, una gran parte de la pequeña burguesía y también de la población rural, se aglutinarán entonces en torno al partido burgués más radical, que hará entonces los gestos revolucionarios más extremos, y considero muy posible que esté representado en el gobierno provisional e incluso que conforme temporalmente su mayoría. Cómo no se debe actuar en ese caso, como minoría, lo demostró la minoría socialdemócrata en la revolución de París de febrero de 1848. Sin embargo, esto no deja de ser una cuestión académica por el momento.

Ahora, por supuesto, la cosa puede tomar un giro diferente en Alemania, y eso por razones militares. Tal y como están las cosas en la actualidad, un impulso desde el exterior difícilmente puede venir de otro lugar que no sea Rusia. Si no lo hace, si el impulso surge de Alemania, entonces la revolución sólo puede partir del ejército. Desde el punto de vista militar, una nación desarmada contra un ejército de hoy en día es una cantidad puramente despreciable. En este caso, si nuestras reservas de veinte a veinticinco años, que no tienen voto pero están entrenadas, entraran en acción, se podría saltar la democracia pura. Pero esta cuestión sigue siendo igualmente académica en la actualidad, aunque yo, como representante, por así decirlo, del gran estado mayor del partido, estoy obligado a tomarla

en consideración. En cualquier caso, nuestro único adversario el día de la crisis y el día después de la crisis será toda la reacción colectiva que se agrupará en torno a la democracia pura, y esto, creo, no debe perderse de vista.

Si se presentan mociones en el Reichstag, hay una que no debe olvidarse. Las tierras del estado se alquilan en su mayoría a los grandes agricultores; la menor parte de ellas se vende a los campesinos, cuyas explotaciones son, sin embargo, tan pequeñas que los nuevos campesinos tienen que recurrir a trabajar como jornaleros en las grandes explotaciones. Hay que exigir que las grandes fincas que aún no han sido divididas se cedan a sociedades cooperativas de trabajadores agrícolas para su explotación en común. El Gobierno Imperial no tiene tierras estatales y, por lo tanto, sin duda encontrará un pretexto para dar carpetazo a tal propuesta presentada en forma de moción. Pero yo creo que hay que meter ese fuego entre los jornaleros agrícolas. Lo que sí puede hacerse en uno de los muchos debates sobre el socialismo de estado. Ésta, y sólo ésta, es la manera de apoderarse de los trabajadores agrícolas; es el mejor método para llamar su atención sobre el hecho de que más adelante será su tarea cultivar, para la cuenta común, las grandes propiedades de nuestros amables caballeros actuales. Y esto le dará al amigo Bismarck, que le exige propuestas positivas, suficiente para algún tiempo.

Serie Marx y Engels,
algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es